

CARTA IMPOSIBLE A MIGUEL BALLESTA

Francisco Garfias



Querido Miguel:

¿Cuánto tiempo hace que nos vimos por última vez?. Yo sé -lo imagino al menos- que el tiempo para tí ya no cuenta, que ahí donde estás el tiempo será como una agradable nebulosa donde todo es presente y donde no se tendrá esa angustia de que pasan los días, los meses, los años, con una velocidad cada vez mayor. Para mí, desde que te fuiste, ha pasado "tiempo", ese horrible concepto que corre, vuela, se dispara irremediabilmente. Pero tú estás ya en lo permanente, en esa atmósfera de Dios que tanto me preocupa, que tanto me inquieta, que tanto me confunde.

Hablé con tu hermano Manolo el mismo día que te fuiste, y con tu sobrina. Para mí era difícil venir a acompañarte desde Madrid con aquella urgencia. Me quedé allí pensando mucho en aquellas horas que para los demás serían muy amargas pero que para tí serían de mucho sosiego. Ya ves. Yo estaba muy entristecido desde que me telefoneaste por Navidad y me hablaste de tu última operación quirúrgica y de sus extrañas consecuencias. Ahora comprendo que Dios te premió con una muerte serena y digna. Sobre todo digna. Cada vez me apego más al concepto de la dignidad, de una dignidad pasada, como por un cedazo, por ideas sociales, religiosas, de temores y esperanzas. Creo que esa dignidad la tenías tú también pintando porque hacías lo que te gustaba hacer, fiel a tí mismo, sin pensar en los movimientos artísticos que apenas te rozaban porque tú no querías contaminación ni influencias en las que no creías. Vivir y pintar, así, te dió una gran felicidad, una gran armonía, una feliz comunicación entre la vida y el arte porque no se sabía donde terminaban los pinceles y donde empezabas tú a vibrar humanamente; porque existía un hilo conductor que iba y venía de la tela

hasta tu corazón. Y todo sin aspavientos, sin declaraciones de principios, con esa alegría del color y la forma que era tu razón de ser y de existir.

*Q*uiero también insistir en tu generosidad. Jamás te pedí un cuadro y ahora veo -en ese recuento de amistad y afecto- que tengo seis hermosas telas tuyas, casi todas dedicadas y todas, sin excepción, regaladas. He conocido en esta vida a muchos pintores, pero ninguno tan generoso como tú.

*E*sta esplendidez se salía de la materialidad del cuadro y llegaba a los favores inusitados que nadie me podía hacer más que tú. Si caía una mancha en un dibujo, si se arrugaba un lienzo, si había que poner un marco especial ... "Yo soy tu paño de lágrimas", me decías riendo. Y era verdad, mas verdad ahora que el paño de la amistad se empaña con alguna lágrima disimulada e involuntaria.

*H*ace unos días fuimos tus amigos y familiares a inaugurar un monolito con tu nombre en Mazagón. Ya se llama Miguel Ballesta la graciosa calle que partiendo de la cuesta se adentra en la blanca antigüedad del barrio más remoto de la playa. Me llamó José Antonio García, el buen poeta de Bonares -el pueblo donde las cruces no pesan- para coincidir allí y para hablarme de unas exposiciones que preparan para hacerlas en Mazagón y en Moguer. Por supuesto que me puse a la disposición de los organizadores. Por lo pronto me traje de Madrid un hermoso dibujo tuyo por si hace falta engrosar el contenido de la muestra. Tu lo recordarás. Es la cabeza de un hombre de Moguer, de los de antes, con pañuelo de yerba en la cabeza y una gorra. Un dibujo fuerte, magnífico, sin concesiones.

*T*ambién quería decirte -¡cuántas cosas quisiera decirte en esta breve carta ya imposible!- que tu pintura, ahora que la repaso con crítica del alma, con la memoria del corazón, me parece perfecta, ajustada, nítida, valiente, sucesivamente madura y personal. Natural nacía, como una flor. Se subía aquella escalera de pueblo, como de Triana, y aparecías tú entre copas portuguesas y gitanas a medio hacer. Así te ví en un artículo publicado en "ABC". Así te veo ahora, de un modo imposible. Allí, tan sencillamente, lo encontrábamos todo. No había más misterio. Porque tú poseías una fuerza natural que no dejabas nunca que se extinguiera, un fuego siempre avivado que no sabíamos bien donde iba a conducirnos, pero que irradiaba vibraciones que no eran más que una promesa del color -marinas de tonos claros, paisajes rojizos con algún pino aislado como un comentario musical-. Porque tú, pintor sevillano esencial, habías encontrado en Mazagón tu descanso, tu prolongación necesaria, tu "clímax" definitivo. Ahora, Guadalquivir abajo, vendrá la luz de la Giralda preguntando por tu paleta, por tu alegría, pero tú no estarás.

*T*us amigos se han quedado mirando al mar, tu mar, tus crepúsculos, tus mañanas gloriosas, tus estelas de luz, la diversidad de luces que inciden en aquel rincón "descubridor". Aquel mar que era tu pasión contenida y derramada día a día, pincelada a pincelada, chorreante y veraz hasta la muerte. Hasta esa muerte que no podemos creer, que no queremos creer, que parece que no puede ser cierta. Y nos quedamos, ya ves, diciendo aquellos versos que yo escribí hace muchos años:



*N*ombre de arcángel: Miguel
Tenso apellido: Ballesta.
Y jugándose la apuesta
una rosa y un clavel.
En el mar moja un pincel
-carabela por la bruma-
y en la tela que rezuma
mosto de luna temprana
con ritmo de sevillana
pinta la flor de la espuma...

*T*e repito ahora el comienzo del poema que sé que tanto te gustaba.

*H*asta siempre, querido Miguel.

